

l'homme», en p. 133 ss.) constituye una de las aportaciones fundamentales de *Modificaciones*. La restitución de un cierto pensamiento de lo jurídico-estatal forma parte esencial de estas modificaciones que, a gusto de unos o de otros, tienen lugar en el pensamiento del último Foucault. El autor, que sabe bien que con los textos, como con los cuerpos, no se puede hacer cualquier cosa, no ha pretendido provocarlas por su cuenta en la letra foucaultiana. Simplemente ha procurado hacerlas visibles (p. 91, n. 65).

Alfredo SÁNCHEZ SANTIAGO

PAJÓN LEYRA, I.: *Claves para entender el escepticismo antiguo*. Madrid, Ediciones Antígona, 2014, 92 pp.

En la colección Filosofía de la editorial Ediciones Antígona acaba de publicarse (en el año 2014) el libro *Claves para entender el escepticismo antiguo*, escrito por el profesor Ignacio Pajón Leyra del Departamento de Historia de la Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid. Este libro está destinado inicialmente al estudiante de filosofía, aportando información sobre un tema de gran controversia en la historia del pensamiento occidental: el escepticismo filosófico; sin embargo, también puede ser de gran interés para el lector de pensamiento crítico. De esta manera, Ignacio Pajón nos ofrece un estudio dividido en siete apartados (o siete “claves”), claros y breves, como material didáctico que facilita la exposición de dicha corriente del pensamiento iniciada en la Antigüedad.

El primer capítulo realiza una contextualización histórica para comprender el nacimiento de la corriente escéptica. No todo momento a lo largo de la historia ha sido propicio para el escepticismo. Los factores sociales, políticos, religiosos, culturales y económicos tienen una notable influencia en la aparición del escepticismo. El “Período helenístico” (323 a.C. - 31 a.C.) es una época con un carácter propio, que la hace perfecta para el nacimiento de esta corriente. Antes de Alejandro Magno, el griego antiguo vivía en una sociedad reducida y delimitada en la *polis*, en cuyo marco se desarrollaba la ciudadanía. La *polis* definía al individuo griego, se era ateniense o espartano antes que griego. Desde Alejandro, la *polis* se ve forzada a abrirse, primero, en un imperio panhelénico de corte macedonio (y por tanto, considerado extranjero por la mayoría griega), y, luego, forzado a incorporar elementos orientales, persas, indios y egipcios, borrándose las fronteras entre lo bárbaro y lo griego. Mientras Alejandro vivía, su figura daba unidad a todo este contexto; pero, tras su muerte, la ausencia de un heredero claro llevó a disputas por el poder, lo que trajo una gran inestabilidad que terminaría con la fragmentación del vasto imperio. Dicha fragmentación, junto con las invasiones bárbaras y la aparición de Roma encarnando la amenaza de un nuevo poder, que moverá sus fichas, inteligentemente desde las sombras, hasta convertirse en la gran potencia, traerá una sensación de inseguridad a la población griega.

La filosofía helenística se desarrollará en este ambiente, de donde nacerán dos escuelas morales (estoicismo y epicureísmo) y una corriente filosófica (escepticismo, corriente por no transmitir dogmas y tener un desarrollo lleno de modificaciones), todas ellas buscando la felicidad frente a la turbación del contexto histórico, aunque siguiendo caminos diferentes. El escepticismo evolucionará en una constante polémica y diálogo con el epicureísmo y el

estoicismo, a quienes considera dogmáticos. Por ello, estudiar la filosofía de ambas escuelas morales permitirá el correcto entendimiento de la corriente escéptica. El epicureísmo se retraerá al “círculo cercano” (familiares, amigos...); mientras que el estoicismo ampliará las fronteras de la antigua *polis*, consolidando una primera noción de “humanidad”, lo que será aprovechado por Roma. El escepticismo, por su parte, buscará la felicidad promoviendo la eliminación del dogmatismo, argumentando hasta que su interlocutor alcance la suspensión del juicio (*epoché*), a lo que le sigue de manera directa la felicidad, entendida como impermutabilidad de ánimo (*ataraxía*).

Junto al nacimiento del escepticismo, se plantea de manera sistemática la cuestión del criterio por primera vez (tema tratado por el autor en el segundo capítulo del libro). La filosofía se cuestiona si es posible no solo conocer la verdad de una proposición, sino también diferenciarla inequívocamente de una falsa, es decir, se pone en duda la existencia de un criterio de verdad. La corriente escéptica, al estar convencida de la no existencia de este criterio, entrará en polémica con las escuelas dogmáticas (principalmente con la estoica y la epicúrea) para derribar sus supuestos criterios de verdad. Sin embargo, el escéptico, no afirmará que no haya ningún criterio válido, ya que entraría en una contradicción con su postura de no negar ni afirmar. El escéptico argumenta por la necesidad de lograr que su interlocutor suspenda el juicio y, así, alcance la tranquilidad, convirtiéndose en un nuevo escéptico. Para ello, el argumento del escéptico tiene que equilibrar el argumento dogmático, y, a la vez, no permitir al interlocutor dogmático optar por ninguno de los dos. Es esto lo que separa al escéptico del sofista; y al escepticismo del relativismo. Tanto el sofista (o relativista) como el escéptico se basan en la capacidad dialéctica de sus interlocutores. Pero, tienen objetivos distintos. Mientras que el sofista busca convencer, el escéptico “juega a empatar” para liberar de dogmas a su auditorio. Dicho esto, en cuanto a la cuestión del criterio de verdad se refiere, la postura relativista y la postura escéptica son distintas. El relativista considera la opinión propia como verdadera, siendo un criterio en sí misma. Por otro lado, el escéptico busca demostrar la ineficiencia o carencia de cualquier criterio supuesto y, de esta forma, no permitir la elección entre alternativas con la misma fuerza en una discusión.

Desde un punto de vista etimológico, “escéptico” es aquel que mira con cuidado, pues se remonta al verbo griego *sképtomai* (del que se deriva el sustantivo *sképsis*), que significa “mirar con atención”. Por lo tanto, el escéptico es una especie de investigador cauteloso, lo que, según ellos, les diferencia de las restantes posiciones filosóficas (que carecen de cautela y se aventuran más allá de sus límites). Un escéptico suspenderá el juicio respecto de lo que no es manifiesto. Esta suspensión del juicio es conocida como la *epoché*. La *epoché* es un rasgo común en las distintas corrientes escépticas; además de ser el escepticismo la única corriente filosófica que la tiene como característica. La *sképsis* es la tercera clave que el autor nos ofrece para entender el escepticismo antiguo. Con la *sképsis*, el escéptico busca examinar aquello que el ser humano dice saber; es una actividad que no define un objetivo último de manera directa, y, por tanto, es la expresión de una mentalidad crítica. La búsqueda en esta actividad adquiere su sentido en el estado que se sigue de ella: la felicidad. El escéptico investiga para ser feliz, felicidad que encuentra casualmente tras la suspensión del juicio. Una vez alcanzado ese estado, el proceso escéptico habrá alcanzado su objetivo. A pesar de todo, esta visión de la *sképsis*, sufrirá modificaciones según el desarrollo de los distintos escepticismos antiguos.

Como se ha dicho antes, existen variedades dentro del escepticismo antiguo, y, la manera más sencilla de distinguir las será con un esquema temporal expuesto en el cuarto capítulo del libro. De esta forma se distinguirán tres periodos principales dentro del escepticismo antiguo: periodo pirroniano, periodo académico y periodo pirrónico. Dos de los periodos remiten al filósofo Pirrón de Elis: mientras que pirroniano hace referencia a discípulos directos de Pirrón (o con filiación directa) y a conceptos propios de él o de su círculo inmediato; pirrónico se refiere a cualquier filósofo escéptico entre Enesidemo de Cnosos y Saturnino el Citénada, que siguió las enseñanzas de Pirrón sin tener filiación directa con él y, también, a los conceptos de la filosofía escéptica de esta etapa. Pirrón es uno de los referentes del escepticismo antiguo por suponer el primer paso del desarrollo escéptico. Fue un filósofo ágrafo (lo que no resulta raro entre los escépticos); y, en consonancia con las anécdotas que llegan sobre su vida, su figura sirvió como ideal de sabio escéptico. Sin embargo, es difícil asegurar que Pirrón fuera realmente un escéptico, pues por lo que sabemos de su filosofía se puede interpretar como un protoescepticismo, como un dogmatismo negativo o como un indeterminismo. Pirrón fue contemporáneo tanto de Aristóteles como de Alejandro Magno y, de hecho, participó en la expedición por Asia de éste último junto con Anaxarco “el eudemonista”. Tanto el viaje como su relación con Anaxarco repercutieron en la filosofía de Pirrón. (Para Anaxarco el fin de la vida es la felicidad, y, el camino para alcanzarla es la indiferencia, *adiaphoría*. Además, según Sexto Empírico, Anaxarco siempre fue un negador de la existencia de cualquier criterio de verdad). No cabe duda de que la filosofía de Pirrón tenía un interés práctico por la búsqueda de la felicidad, entendida como imperturbabilidad, *ataraxía*.

De entre los discípulos inmediatos de Pirrón el más destacado fue Timón de Fliunte, un autor satírico famoso en su época. Se le considera el recopilador, difusor y continuador de la filosofía de su maestro. Utilizará su estilo irónico contra un gran número de figuras filosóficas; pero, se empleará a fondo en arremeter contra Arcesilao, quien promovió un giro escéptico en la Academia como su director. Timón, siguiendo a Pirrón, desarrollará un escepticismo fenoménico con miras a la *ataraxía*. Por su parte, Arcesilao buscará retomar la manera socrática de hacer filosofía, lo que le aproximará mucho al pensamiento de Timón, aunque sin compartir su objetivo ético. De esta forma, parece generarse una competencia entre las propias corrientes escépticas. El giro escéptico, que tomará la Academia dirigida por Arcesilao, se puede entender en la manera de interpretar la obra de Platón. En efecto, si Arcesilao tomó los diálogos socráticos (o aporéticos) como eje central del pensamiento platónico, el resultado que podría haber obtenido es el de un Platón socrático muy fácil de asimilar al escepticismo por los rasgos de dichos textos. En estos diálogos Sócrates se limita a cuestionar y no se alcanza verdad alguna. El escepticismo en la Academia irá perdiendo fuerza con el cambio de dirección de la propia institución, hasta llegar a la denominada Cuarta Academia en la que resurgirá el dogmatismo, y la desaparición total del escepticismo académico en la Quinta Academia.

Este cambio en la Academia puede explicar el hecho de que se retomara la filosofía de Pirrón de Elis y naciese así la corriente conocida como escepticismo pirrónico. Dentro de la línea pirrónica destacan tres figuras: Enesidemo, Agripa y Sexto Empírico. Enesidemo seguirá un escepticismo similar al de Arcesilao, pero añadiendo un fin ético próximo al de Pirrón. Añadirá numerosos argumentos para defender su posición, argumentos llamados

“*tropos*” (modos de argumentación escéptica) que buscan el escepticismo como fin, es decir, se concibe como un escepticismo metafísico. Sus sucesores, en cambio, concebirán el escepticismo como medio para destruir el dogmatismo, y, de esta forma, establecer las bases para una ciencia no dogmática. Como seguidor de Enesidemo, a Agripa se le atribuyen cinco argumentos que han pasado a la Historia. Este aporte de Agripa trata de cuestionar si incluso es posible alcanzar certezas lógicamente. Después de Agripa destaca la figura de Sexto Empírico, de quien conservamos prácticamente la totalidad de su obra. Fue principalmente un recopilador de la tradición escéptica, cuya obra muestra una formulación completa del escepticismo de la que se puede obtener la imagen más detallada del escéptico antiguo.

En el quinto capítulo el autor nos dice que con la aparición de Sócrates se cambia de actitud en la investigación. Esta nueva actitud que adopta Sócrates transformó la filosofía, en una primera instancia, llevándola a ser una herramienta para el reconocimiento de la propia ignorancia. Sócrates enseña a reconocer la ignorancia, a reconocer los propios límites del conocimiento humano poniendo en juego la sentencia del Oráculo de Delfos: “conócete a ti mismo”. Con esto busca fomentar la verdadera actitud investigadora, pues quien ya sabe no tiene que buscar saber. Por ello, el *philósophos* será aspirante a sabio, y no *sophós*. En este sentido, los escépticos serán unos claros herederos socráticos, que buscan curar la ignorancia del dogmático que comete el error de afirmar alguna tesis. Es por ello que el escepticismo necesita de un interlocutor dogmático para poner en práctica la filosofía; el escéptico será un médico del alma que cure la ignorancia dogmática con filosofía para alcanzar la felicidad.

El capítulo sexto versa sobre un tema que hoy sorprendería a la mayoría de lectores en relación con la filosofía: la ausencia de escritura. En la Antigüedad el filósofo no era necesariamente relacionado con la escritura de grandes tratados como lo es hoy en día. De hecho, el primer filósofo, Tales de Mileto, fue un pensador ágrafo, y, sin embargo nos ha llegado hasta nuestros días sin ser una mera anécdota. Dentro del escepticismo, la ausencia de escritura, es un fenómeno muy común y coherente con su concepción de la filosofía entendida como una actividad viva de interacción con la gente; además, la escritura es uno de los métodos por excelencia de transmisión de dogmas, siendo esto contradictorio con el escepticismo. La agrafia en el escepticismo se debe entender como parte de esta corriente en su postura antidogmática, pues la escritura es un peligro para el escéptico. Por tanto, el escéptico se decantará por la palabra pronunciada como herramienta para alcanzar la suspensión de juicio, siendo (la palabra pronunciada) una herramienta igual o más efectiva que la palabra escrita. Como el escéptico entiende que hacer filosofía es buscar la felicidad con el método apropiado, la manera adecuada para la transmisión de la filosofía será el ejemplo. Por esta razón, casi toda la filosofía pirroniana nos ha llegado en forma de anécdotas y vivencias del propio Pirrón. Como el escéptico no pretende afirmar ni negar nada acerca de cómo son las cosas por naturaleza, hablará, pues, de cómo le aparecen las cosas. No dirá que las cosas “son”, sino que dirá que “parecen”. Esta postura la aplican incluso a la *ataraxía*; la *ataraxía* les parece deseable, no dirán que es deseable. Así el escéptico no duda de lo que él mismo percibe, hay un “él” y unas “percepciones”. Estos son las “cosas patentes” que denominan *pathémata* y no le ven sentido a dudar de ellas.

En definitiva, toda la filosofía escéptica se construye a partir de un descubrimiento casual de una relación entre *epoché* y *ataraxía*, tal y como nos cuenta el autor en la séptima

y última clave expuesta en su libro. Esto se debe a que, el filósofo, tras una exhaustiva investigación por un criterio de verdad, perturbado por no encontrar solución alguna, desiste en su afán, descubriendo en ese momento una gran tranquilidad. El hallazgo de la relación entre *epoché* y *ataraxía* es, pues, un descubrimiento casual y afortunado que da al escéptico la clave para resolver la angustiada búsqueda del helenismo, el camino a la felicidad. Entre *epoché* y *ataraxía* hay un nexo inevitable, la una sigue a la otra “como la sombra sigue al cuerpo” (en palabras de Sexto Empírico); y el escéptico será el médico que suministra *epoché*, para equilibrar el alma del enfermo de dogmatismo e ignorancia y que así alcance la *ataraxía*.

Pablo MOLINA ALONSO
pablmoli@ucm.es

RENDUELES, C.: *Sociofobia, el cambio político en la era de la utopía digital*, Madrid, Capitán Swing, 2013, 196 pp.

César Rendueles (1975) creció en Gijón pero vive desde hace casi veinte años en Madrid. Es doctor en filosofía y trabaja como profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UCM. Cofundador del colectivo de intervención cultural Ladinamo, durante ocho años se encargó de la coordinación cultural del Círculo de Bellas Artes de Madrid. Ha editado textos clásicos de Karl Marx, Walter Benjamin, Karl Polanyi o Jeremy Bentham. En 2013 publica *Sociofobia, el cambio político en la era de la utopía digital*. Lo hace con esta ya segunda edición de la editorial Capitán Swing, uno de los principales referentes de publicación en lo que de teoría cultural y sociología filosófica se trata.

Comienza partiendo de cómo, a raíz de las hecatombes de origen ecológico provocadas por la Oscilación del Sur El Niño (ENSO), las grandes potencias del siglo XIX aprovecharon la situación de desamparo material que crearon dichas catástrofes para aumentar drásticamente la velocidad y la intensidad de su expansión imperial. En la mayor parte del mundo, el capitalismo se impuso literalmente como una invasión militar.

Rendueles utiliza este marco geopolítico para introducir el elemento crítico hacia el fetichismo tecnológico que es el patrón de corte de toda la obra: en contra de la creencia popular de que el aumento de la esperanza de vida en Occidente fue la consecuencia de sofisticados avances médicos y farmacológicos, los expertos coinciden en que el factor más importante fue la generalización de los sistemas de saneamiento. El arma más eficaz contra la enfermedad que ha inventado el ser humano son las cisternas y las alcantarillas. En contrapartida, la acumulación de excrementos en los lugares que carecen de estas instalaciones es uno de los principales problemas urbanos a escala mundial. Dos mil quinientos millones de personas viven literalmente hundidas en su propia mierda, sin acceso a ninguna clase de sistema de saneamiento, ni cloacas, ni pozos negros, ni letrinas. Esta situación se vuelve dantesca en lugares como Kinshasa, una ciudad de diez millones de habitantes sin ningún tipo de gestión de residuos. Se calcula que las personas que viven en lugares sin instalaciones sanitarias ingieren diez gramos de materia fecal al día. No es una cuestión estética o de